
Carlos Fuentes

EUROPA Y LATINOAMERICA

A Günter Grass,
celebración de un encuentro

Si estamos de acuerdo con Edmundo O'Gorman en su idea de que América fue inventada más que descubierta, habremos de afirmar también que fue inventada porque fue deseada. O'Gorman, en su libro clásico de historiografía americana,* nos habla de un hombre europeo prisionero de su mundo, un prisionero que ni siquiera podía llamar suya su cárcel. El geocentrismo y la escolástica: visiones centripetas y jerárquicas de un universo arquetípico, perfecto, inalterable aunque finito porque era la sede de la caída.

La naturaleza del Nuevo Mundo confirma el hambre de espacio del Viejo Mundo pero también lo empequeñece: todos los dramas de la Europa renaciente van a representarse y a resquebrajarse de inmediato en la América Europea y no es el menor de ellos el de una naturaleza humana que se creía al cabo dominada, a la medida del hombre, pero que en el Nuevo Mundo se revela desproporcionada, excesiva, inconmensurable, hiperbólica: tal y como aparece en las más grandes novelas latinoamericanas, de *Los Sertoes* de Euclides de Cunha y *Canaima* de Rómulo Gallegos a *Los pasos perdidos* de Carpentier y *Cien años de soledad* de García Márquez. Pero como aparece ya, también, en el páramo del Rey, Lear.

El Nuevo Mundo es descubierto en un momento de crisis europea; la confirma y la refleja. Para el cristianismo, la naturaleza es testimonio del poder divino; también —y sobre todo— es la tentación que quisiera desviarnos de nuestro destino ultraterreno: es el pecado, es la caída. Para el Renacimiento rebelde, la naturaleza es la causa eficiente y final, la totalidad viva y necesaria de cuanto existe: el aquí y ahora de Petrarca, Ficino, y Leonardo.

Gonzalo Fernández de Oviedo, el conquistador español, alcaide de la fortaleza de Santo Domingo y autor de la maravillosa *Historia natural de las Indias*, confronta desde 1535 este problema que es el centro de la relación entre Europa y la América indolatina. La actitud de Oviedo ante las tierras descubiertas, conquistadas y colonizadas es tanto cristiana como renacentista, precisa su biógrafo el historiador italiano Antonello Gerbi.* Cristiana porque Oviedo se muestra pesimista hacia la historia. Renacentista porque se muestra optimista hacia la naturaleza. Por lo tanto, si el mundo de los hombres es absurdo y pecaminoso, la naturaleza es la razón

misma de Dios y Oviedo puede exaltar la grandeza de las tierras nuevas porque son tierras sin historia: es decir, son tierras sin tiempo, utopías intemporales.

América será la Utopía de Europa: Utopía inventada, como dice O'Gorman, por Europa; pero también Utopía deseada y, por ello, necesitada. La ruptura de la unidad medieval se manifiesta primero en el espacio: la *civitas* amurallada pierde sus linderos, sus paredes crujen, sus puentes levadizos caen para siempre y entran corriendo a las ciudades nuevas —ciudades de Hamlet y Don Quijote, ciudades de Don Juan y Fausto— las epidemias del escepticismo, el orgullo individual, la ciencia empírica y el crimen contra el Espíritu Santo: las finanzas. La imaginación y el amor sin Dios. Antes de ser tiempo, la historia moderna fue espacio porque nada, como el espacio, distinguía tan claramente lo nuevo de lo antiguo. Colón y Copérnico desatan un hambre de lugar, que culmina en la reversión irónica del cuento de Borges, *El Aleph*. No es fortuito que este relato se inicie con una cita de Hamlet: "Oh Dios, podría estar encerrado en una nuez y considerarme Rey del espacio infinito."

Pero semejante hambre de espacio, manifestada no sólo en los viajes de exploración y en las hazañas del telescopio, sino también en la extensión de los frescos de Luca Signorelli o en la mirada fuera de la constricción del marco convencional en la pintura de Piero della Francesca, debe saciar asimismo una sed histórica. Para el europeo del Siglo XVI, el Nuevo Mundo representa la posibilidad de una regeneración del Viejo Mundo. Erasmo y Montaigne, Vives y Moro anuncian el siglo de las guerras de religión, uno de los más sangrientos de la historia europea, y le responden con una Utopía que finalmente, contradictoriamente, tiene un lugar: América. Allí vive el Buen Salvaje. Allí pervive la Edad de Oro. Allí será regenerada la vieja Europa. Tal es la Utopía fundadora.

Decía que todos los dramas del humanismo se juegan, de manera a la vez estruendosa y sorda, en el Nuevo Mundo americano. Detrás de los barcos de Colón, Cortés, y Pizarro, llega al Nuevo Mundo la *Navis Stultorum*, la Nave de los Locos del famoso grabado de Brandt. Tomás Moro es el vigía, Nicolás Maquiavelo el timonel y Erasmo de Rotterdam el cartógrafo. La Utopía del primero va a ser actualizada y vencida en el Nuevo Mundo por la respuesta del poder maquiavélico; la América Latina se quedará con dos armas: las de una locura irónica capaz de resistir a las locuras de la Utopía y del poder; y la de un desesperado afán barroco por llenar los vacíos de las derrotas históricas, las promesas vacías, la Utopía perdida.

El período colonial transformó la Utopía en lazareto: las ciudades del sol perecieron entre llamaradas de robusta fe cristiana, el buen salvaje fue herrado y encadenado, la edad

* Edmundo O'Gorman, *La Invención de América*. Fondo de Cultura Económica, México, 1977.

* Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1978.



dorada fue derretida y enviada en lingotes a España, por cuyas manos de mendicante hidalguía el oro y la plata pasaron como agua, para irse a alimentar el desarrollo capitalista de Londres, Amberes y Hamburgo. Pero quizás el drama de la relación entre Europa y su Nuevo Mundo fue el de todos estos *hombres novis* de la clase media española, los conquistadores que esperaban ser en el Nuevo Mundo el Príncipe en vez de servirlo, y se vieron aplastados por las jerarquías de la Iglesia Católica y de la Monarquía Austríaca.

La América española y portuguesa fue privada de todo lo que la modernidad europea representaba; en cambio, debió soportar durante tres siglos lo que la modernidad europea juzgaba intolerable: el privilegio como norma, la iglesia militante, el oropel insolente y el uso privado de los recursos y poderes públicos: nos convertimos en, somos aún, las tierras de elección del patrimonialismo descrito por Max Weber.

Entre 1492 y 1550, la población en México y el Caribe descendió de 25 millones a un millón y en las regiones andinas, entre 1530 y 1750, de seis millones a medio millón. En medio de este desastre demográfico, la columna central de la colonia, la mina, potenció la catástrofe y la prolongó mediante una forma de trabajo forzado, la mita, acaso la forma más brutal de una colonización que primero destruyó la agricultura indígena y luego mandó a los desposeídos a los campos de concentración mineros porque no podían pagar

sus deudas.*

Valiente mundo nuevo: ¿qué podía quedar, después de esto, del sueño utópico del Nuevo Mundo regenerador de la corrupción europea, habitado por el Buen Salvaje, destinado a restaurar la Edad de Oro? Erasmo, Moro, Vittoria y Montaigne se van por la coladera oscura de una mina en Potosí o Guanajuato. Tristísima Edad de Oro: debajo de su losa de siglos saldrán las revoluciones de la América Latina, víctimas de todos los sueños y todas las pesadillas del Nuevo Mundo. ¿Hemos de sorprendernos de que, al salir de debajo de la lápida de la colonia, los protagonistas de esas revoluciones se asemejen a veces a insectos, alacranes ciegos, deslumbrados por el mundo, girando en redondo, perdido el sentido de la orientación por siglos y siglos de oscuridad y opresión, hambrientos de afianzarse al dogma, la construcción filosófica, el techo ideológico que les de un sentido de seguridad y destino?

Entre Colón y Rousseau, el occidente es dominado por la idea del espacio: la Edad de Oro y el Buen Salvaje están *en otra parte*, en el Nuevo Mundo. Hay que viajar, ganar espacio, para encontrar la Utopía. Y si el Nuevo Mundo es una quimera, entonces la Utopía estará en otro lugar, más cercano o más lejano, pero siempre *un lugar*, así sea un lugar de lugares, el Aleph político que Rousseau llama "la voluntad general". El filósofo español Eugenio Imaz hace notar que la Revolución Francesa hace presente el mundo de la historia, que es el mundo del tiempo. Y al pasar el pensamiento del espacio al tiempo, la lógica se convierte en dialéctica: la dialéctica es la lógica aplicada al devenir temporal. Los conceptos ya no se yuxtaponen, sino que germinan unos en otros contradictoriamente.*

La América Latina nació dos veces: del espacio en el Siglo XVI, del tiempo en el Siglo XIX. Las revoluciones de independencia que nos separaron de España entre 1810 y 1821 propusieron sistemas legales que habrían de acercarnos apresuradamente a nuestros modelos de progreso y bienestar: Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Pero si Europa fracasó al convertir a la América Latina en su Utopía, América Latina también fracasó al convertir a Europa en la suya. La calca legal del *Due Process* británico o del Código Napoleón al Paraguay o Guatemala no aseguró su vigencia. Lejos de ello: la caricatura del país legal sólo acentuó su divorcio del país real, empecinadamente colonialista, despótico, patrimonialista.

La América Latina abrazó las ideas del Siglo de las Luces



* Stanley y Barbara Stein, *The Colonial Heritage of Latin America*, Oxford University Press, New York, 1977.

* Eugenio Imaz, *Topía y Utopía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946.



sin percatarse de que estas ideas eran una Utopía disfrazada de universalismo pero sólo concebible particularmente para los europeos de su época y ciertamente no para todos: para los personajes de Jane Austen sí; no para los de Charles Dickens. Sólo este juego reflejo de utopías deformadas explica que la excentricidad india, mestiza y criolla de la América Ibérica se haya sentido atraída por el desprecio de Voltaire hacia el pasado irracional y bárbaro —nosotros que no teníamos más presente que nuestro pasado; por la glorificación por Locke de la propiedad privada como propósito primordial de contrato social— nosotros que carecíamos de capitales y de sociedades civiles; por la creencia de Hume en una naturaleza humana universal e idéntica —nosotros que éramos los detentadores de policulturas diversificadas, marcadas por la heterogeneidad.

La América Latina, Utopía de Europa, al convertir a Europa en la Utopía latinoamericana, pasó por alto la pregunta del personaje de Montesquieu —“¿Cómo es posible ser persa?”— para decir que no era posible ser mexicano, argentino o peruano a menos que nos integrásemos a la universalidad burguesa de Europa; nuestro ser era efecto de nuestra dependencia. Concurrimos secretamente al altar de Herder: sólo en Europa puede la vida ser realmente histórica. Pasamos por alto la contradicción flagrante del iluminismo europeo: puesto que el pasado es abolido como algo irracional, la naturaleza humana invariable sólo puede ser la que poseen los europeos ilustrados del siglo XVIII. Dado que esta naturaleza es siempre la misma, no puede ser histórica. Pero porque es siempre la misma, debe ser universal. De esta manera se otorgaron a sí mismas las emergentes clases industriales y mercantiles de Europa el papel de protagonistas universales de la historia. Los políticos e ideólogos de la América Latina no se quedaron a la zaga; pero detrás de su mimesis ideológica de Condorcet o Marx, de Rousseau o Comte, de Locke o Bergson, existían sociedades coloniales, dependientes, casi siempre primitivamente agrarias, rara vez y periféricamente capitalizadas y dependientes. El Buen Salvaje del siglo XVI se convirtió en el Gunga Din del siglo XIX; Robinson encontró a un Viernes tercermundista y le pidió que se vistiera con las pelucas del Barón de Montesquieu y con las gafas de Benjamin Franklin. Pero Robinson, una vez más, se reservó para sí los derechos de libertad, igualdad y justicia que proclamaba. En las tierras de Viernes, Robinson dejó de ser moderno: volvió a caer en la práctica de la esclavitud, el vicio más antiguo del género humano. Fuera de sí, Robinson no compartió sus valores: colonizó, es decir, sometió concretamente al *otro* a medida que propuso y abstrajo los valores de la modernidad europea.

Ronald Reagan —no se llora por la opresión en Polonia mientras se apoya la opresión en El Salvador, Argentina y

Chile. Ni a los EE.UU. ni a la URSS les interesa que cambie el *statu quo* europeo; esto sólo les interesa a los europeos, del este o del oeste. Y sólo a los latinoamericanos nos incumbe que cambie nuestra situación.

Hablé de tres modelos de imitación extralógica en la América Latina: Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Las incursiones imperiales francobritánicas en México, Venezuela o el Río de la Plata han sido olvidadas. En cambio, los Estados Unidos han aparecido, potenciándolas monstruosamente, como los portadores de todas las promesas de la modernidad en América Latina. La contradicción y el desengaño han sido, así, magnificados. Los Estados Unidos han proclamado los valores del progreso moderno para la América Latina; pero cada vez que la América Latina se ha movido para actualizar esos valores dentro de nuestro contexto histórico y cultural, los Estados Unidos han intervenido brutalmente para impedirlo: México entre 1910 y 1930, Cuba de 1959 a la fecha, Guatemala en 1954, Chile en 1973, El Salvador y Nicaragua hoy. Esta penosa relación ha deformado atrozmente nuestras relaciones con las nociones de “progreso” y “modernidad”. También ha abierto un nuevo camino a nuestra relación con Europa.

El desplazamiento en nuestro siglo de los centros de poder a dos naciones continentales y excéntricas, Rusia y los Estados Unidos, no sólo confirmó las profecías de Alexis de Tocqueville. También nos asimiló a europeos y latinoamericanos en una serie de cuestionamientos ardientes.

En primer término, dejamos de ser, unos, la Utopía de los otros. ¿Qué clase de Utopía puede mantenerse sobre las cenizas de Auschwitz o San Salvador? ¿coexistir con las figuras de Hitler y Laval, Pinochet y Somoza? ¿admitir que pueden ser parte concebible de una herencia civilizada o de un proyecto racional la “solución final” de los nazis o la “ley de desaparecidos” de los militares argentinos?

Salimos de la Utopía para caer en el Crimen. Europa perdió (la América Latina nunca la tuvo) esa dimensión de la libertad civilizada que es el sentido trágico. Europa substituyó la tragedia antigua por el crimen moderno. La América Latina perpetuó los crímenes de la conquista y la colonia sin renunciar a la fascinación utópica. No sé si unos y otros, europeos y latinoamericanos, podremos restaurar la validez de lo trágico en un mundo ahito de sangre, y decir de nuevo, con la voz más pura y antigua de la humanidad, que es la del Prometeo de Esquilo, que “cuanto existe es justo e injusto, e igualmente justificado en ambos”. Pero esta visión requiere trascender el maniqueísmo brutal de la historia moderna para comprender la existencia como conflicto de valores. Esto, y no la oposición entre el bien y el mal, es lo propio de la esfera trágica.

América Latina tarda en deshacerse de su carga utópica;



continente fundado por la Utopía europea, tememos tanto no merecer nuestra fundación que nos negamos a abandonar su quimera, aun a costa de la ceguera errabunda. Europa tarda en deshacerse de su carga maniquea. ¿Podremos entre ambos recrear una conciencia trágica de la vida-inseparable, dicho sea de paso, de una vida con sentido del humor? Nuestros grandes escritores nos dicen, si los apreciamos en su comunidad profunda, que sí: la revolución de la novela moderna en Europa ha consistido en crear un tiempo distinto al de la historia lineal y positivista de los hechos políticos, militares y económicos europeos. Virginia Woolf y James Joyce, Marcel Proust y Franz Kafka recuerdan y olvidan, le dan otra oportunidad al pasado y radican en el instante presente la realidad verdadera del tiempo y la historia. En el Nuevo Mundo, coinciden con el redescubrimiento del tiempo por Faulkner y Carpentier, Borges y García Márquez, Donoso y Cortázar, quienes proponen nuestras ficciones como hechos que no sólo fundan, sino que agotan saludablemente nuestra cultura y la abren a una universalidad que consiste en saber que no estamos solos. Allí encontramos nuestra nueva comunidad, con Goytisolo y Grass, con Kundera y Conrad.

Dejar de ser Utopía; ser, en cambio, comunidad, haz de encuentros, apoyos, informaciones, lecciones asimiladas, aspiraciones comparadas y acaso compartidas. Porque, en segundo término — ¡qué lejos estoy de la Utopía donde he nacido! — los latinoamericanos y los europeos occidentales corremos todos los peligros de no ser, en el futuro, sino apéndices del megapoder norteamericano. La Europa al oriente del Elba ya es un vasto campo cercado del poder soviético. Los dolorosos hechos de Polonia nos demuestran que a ninguna

de las dos grandes potencias les interesa el socialismo democrático. La democracia naciente de Polonia sucumbió ante dos *ultimata*: la de la Unión Soviética y la de los banqueros occidentales. *Solidaridad* no fue demasiado lejos: *Solidaridad fue* y la acción protagonista de la sociedad a cargo de un movimiento obrero independiente es intolerable para Moscú y para Washington, a pesar de las lágrimas de cocodrilo de Ronald Reagan —no se llora por la opresión en Polonia mientras se apoya la opresión en El Salvador, Argentina y Chile. Ni a los EE.UU. ni a la URSS les interesa que cambie el *statu quo* europeo; esto sólo les interesa a los europeos, del este o del oeste. Y sólo a los latinoamericanos nos incumbe que cambie nuestra situación.

Pero, ¿no podemos europeos y latinoamericanos reconocernos en el peligro del mundo de la doble hegemonía y unir nuestros esfuerzos para empujar las cosas, poco a poco, lenta pero seguramente, con acciones culturales y políticas, económicas e informativas, hacia un deseable mundo multipolar, en el que nadie sea satélite de nadie, en el que cada cual pueda aportar la semblanza de su genio civilizador, policultural, diversificado?

Quizás sólo estoy ofreciendo una nueva Utopía. Sí, pero esta será una Utopía compartida, elaborada en libertad por europeos y latinoamericanos, no impuesta por la potencia colonizadora a la tribu conquistada. China y Japón, Islam y el Africa Negra, la América Latina y la Europa dividida poseen los elementos de civilización y poder para proponer un mundo multipolar que nos salve no sólo de la doble hegemonía actual, sino de la promesa macabra que encierra. “Este mundo podría estar deshabitado”, en las palabras de Beckett.

La acción común de europeos y de latinoamericanos podría ayudar a romper esta fatalidad del siglo XX: ¿por qué somos oprimidos en nombre de la libertad, esclavizados en nombre de la justicia, asesinados en nombre de la vida? Este azoro paradójico proviene de que hemos alcanzado la desgracia con los instrumentos destinados a la felicidad. Hemos teñido al progreso con los colores de la crueldad, el crimen, la fealdad y el terror.

Quizás algunos europeos y latinoamericanos (pienso en individuos más que en gobiernos, en público más que en instituciones) puedan colaborar para diseñar una cooperación que nos salve de esta fatalidad, informe nuestra voluntad y ofrezca una base permanente a los gobiernos y las instituciones. Tenemos muchísimo que darnos unos a otros, fuera de la Utopía, fuera del coloniaje, en el desamparo que hoy nos identifica.

Este texto fue escrito para el libro *Latinoamericanos y europeos*, que será publicado próximamente en Berlín bajo la dirección de Günter Grass.

